

Miguel Talento

Elecciones 2009: escenarios, cambios y desafíos

1

Miguel Talento

Abogado. Docente universitario y Embajador a cargo del Consulado de Miami, Estados Unidos de América

Las elecciones del 2009 establecieron cambios en la correlación de fuerzas políticas e institucionales en el país. Coagularon en forma electoral cambios de humor social, de adhesión y consideración política sobre el gobierno nacional que tuvieron su giro decisivo en el largo proceso que culminó con el rechazo de la Resolución 125 en el Senado, en la madrugada del voto "no positivo" de Cobos.

A diferencia de otras elecciones intermedias, en las que otros oficialismos resultaron derrotados, Alfonsín en 1987, Menem en 1997 y De la Rúa en 2001, no emergió claro de las mismas un liderazgo ni una fuerza de alternativa al kirchnerismo.

La oposición considerada en su conjunto resulta robusta, tanto que sumadas todas sus expresiones alcanzan las dos terceras partes del electorado, pero conviven en tal conjunto una pluralidad de opciones y de visiones sobre la Argentina y un grupo de presidenciables que naturalmente puján por acrecentar sus chances individuales para disputar las elecciones del 2011.

Frente a esta diversidad, se multiplican las apelaciones de los formadores de opinión mediáticos o del liderazgo campero a la unidad opositora, a deponer las apetencias y diferencias menores, y a producir demostraciones efectivas de que algo cambió después de la derrota electoral del kirchnerismo.

Como el programa legislativo común es un problema complejo, los puntos de unidad tienen que ver con ejes mediáticos ya instalados, como la intervención del desacreditado Indec, la reversión de la reforma del Consejo de la Magistratura, la supresión de las delegaciones legislativas al Ejecutivo, la reforma de la recién aprobada ley de medios, la redistribución provincial de recursos federales (por ejemplo, modificación en la ley del cheque), la disminución de las alícuotas de las retenciones a los productos agrícolas, entre otros.

La cuestión programática resulta un tema de difícil solución para el conglomerado opositor porque una cuestión central que hace a la viabilidad de dicha unidad reside en la fuente y el origen de la misma. En otras palabras cuál es la naturaleza del factor que la articula.¹

En su construcción inicial, se organizó como uno más de los frentes de rechazo que se incubaron ante las diversas experiencias del peronismo, en diferentes etapas históricas de nuestro país. El dilema central de la unidad táctica opositora reside en cómo y desde dónde darle continuidad a proyectos e identidades variadas, más allá de los distintos estilos opositores que van desde las críticas razonadas y moderadas hasta las acérrimas y apocalípticas. Y esa unidad o tiene un basamento interno, desde la lógica política y deviene programática -como negociación y articulación de componentes-, o es externa y está definida desde los poderes corporativos permanentes, de los que influyen con independencia de los votos y representan algunos de los centros de poder tradicional del país.

La cuestión de la unidad opositora, su vertebración y su continuidad está presente y no ha sido resuelta. Habrá que prestar mucha atención a los modos en que se desarrolla ese proceso y como se sitúan los diferentes actores de la oposición frente al desafío dilemático de su eje organizador: en otras palabras,

quién impone el programa real del espacio opositor, si es que va a haber uno.

Un modo puntual y momentáneo de sortear el problema de la unidad es organizarla discursivamente como reacción legítima a previos agravios, desconsideraciones, atropellos y faltas de respeto institucionales, sean reales o supuestas. Para producir unidad de acción desde la restauración de lo violentado, lo agraviado o lo desconocido se apela a categorías explicativas de naturaleza emotiva, se constituye con eficacia mediática un sujeto discursivo, pero se oblitera la naturaleza política de las acciones comunes, su contexto, sus beneficiarios y el destino general de acumulación que poseen.

Esta peligrosa sustitución del análisis político por la indignación, organiza su economía psicológica desde la reactividad, no trabaja en los detalles y en las distinciones que precisan la acción sino que se dirige a la masividad de la respuesta y privilegia la restauración/repación en una medida subjetiva, para compensar el sentimiento de ofensa, base de cualquier indignación. Nada más alejado de la lógica política, en cualquiera de sus formas. Sin embargo, en el doble estándar mediático la indignación es una actitud políticamente correcta, en cambio la crispación atribuida al kirchnerismo constituye la prueba y la muestra del desequilibrio en el tratamiento de la política y de la cosa pública.

Cualquier unidad basada en acuerdos razonables, legítimos y públicos que exprese y coordine a las fuerzas políticas opositoras es parte esencial del juego democrático frente al cual sólo cabe el respeto y la confrontación típica de la vida parlamen-

taria. Sin duda un acuerdo programático no puede tener como objetivo central y excluyente aleccionar y castigar al oficialismo.

Resulta una contradicción demasiado grosera aún para la manipulación mediática fundar una gestualidad de oposición acérrima e implacable -como puede leerse en los curiosos y rabiosos comentarios del ciberespacio habilitados en los grandes medios opositores-, en el merecido castigo al mentado estilo confrontativo del kirchnerismo.

Ideas de este tipo además de transpolar cierta cultura más preocupada por la venganza que por la justicia, en el espacio institucional son altamente perniciosas porque los agravios, supuestos o reales, invocados como desmesura, no pueden ofrecerse como fundamento de una desmesura mayor. De todos modos estas argucias discursivas no deben sorprendernos porque hay que recordar que el sistema político instaurado por el golpe de 1955 fundaba en los atropellos mayoritarios del primer peronismo, demostración de su condición antidemocrática, la necesidad de excluirlo, quebrando así la regla básica de la mayoría sobre la que se asentaron los gobiernos "democráticos", entre 1958 y 1966.

El aprendizaje institucional colectivo supone reglas de convivencia y cualquier quiebre o desobediencia de las mismas debe tener la precisa corrección institucional en las alianzas necesarias para restablecer los equilibrios perdidos, sin habilitar -por distracción o por miopía-, detrás de la adecuada corrección, la incorporación más o menos tramposa de programas, no explicitados ni votados.

Las condiciones en las que se estableció la batalla electoral del 28 de junio reconocen antecedentes en el derrotero general del kirchnerismo, en sus éxitos, en sus errores y límites, en las acciones y opciones voluntariamente entabladas y las obligadas por el contexto o por el accionar opositor, por lo que resulta significativo para captar el modo en que se constituyó el escenario de las elecciones del 2009, hacer algunas consideraciones en tal sentido.

El kirchnerismo se plantea la cuestión electoral del 2009 bajo dos condicionantes centrales, la derrota estratégica sufrida en la confrontación alrededor de la Resolución 125 y la amenaza de impacto de la crisis financiera internacional provocada a su vez por la crisis en el mercado de las hipotecas y los instrumentos financieros que habían acompañado su expansión sin precedentes, y sus posibles efectos sobre la actividad económica local.

En este sentido, la lectura de la nueva etapa lo lleva a reforzar los elementos discursivos que asocian la experiencia kirchnerista con el histórico programa popular en sentido amplio y así la estatización de Aerolíneas Argentinas y la vuelta del Estado al manejo de los fondos de las jubilaciones a través de la ANSES, mostraron coherencia en la intención de producir un reagrupamiento de fuerzas progresistas y nacional-populares, alrededor del gobierno.

El eje de la defensa, continuidad y profundización de lo realizado desde los lejanos días de crisis económica y vacío institucional se constituyó en el núcleo discursivo gubernamental para encarar la